

JAVI ARAGUZ

EL MUNDO DE
KOMORI

①

LA TIERRA DE ALIDRA

*Aunque no la puedes ver, oler o tocar.
Aunque no la puedes oír y ni siquiera probar...
la magia está siempre ahí.*

Ayudándote.

*Flotando eterna en el aire,
a la espera de ser utilizada una vez más.*

PRÓLOGO



Origen

EL MUNDO DE ZOA

EN EL PRINCIPIO, cuando el tiempo aún no era tiempo, y el mundo aún no era mundo, la llamada Semilla de la Vida fue sembrada en la recién nacida Zoa.

De la semilla mágica surgieron cuatro frutos: un Sapo, un Delfín, un Cuervo y un Lobo. Los cuatro seres tenían aspecto híbrido entre animal y humano: eran bípedos e inteligentes. A los cuatro se les concedió por naturaleza sembrar el Mundo de Zoa de animales, de plantas, de seres vivos que siguieran el principio del equilibrio universal.

Al Sapo se le asignó la tarea de crear vida bajo la luz del sol; al Lobo, de establecer a los que vivirían bajo el pesado manto de la noche; el Delfín tuvo que poblar el mar y crear las plantas; y el Cuervo, el aire, los animales y las quimeras, seres híbridos entre humanos y animales.

En poco tiempo, el Sapo creó a los humanos, el Lobo a los Señores de la Noche, el Delfín a los peces, y el Cuervo al resto de animales y quimeras.

Los cuatro seres recorrieron Zoa, asignando un territorio a cada especie, quimera, animal o planta. Poblaron así Avira, Niuba, Asamna, Lamo y Zomar. Dieron vida a la Costa Blanca, al desértico Kuah-dun y al Mar de Luz. Incluso el Océano de Amarna sintió por fin la vida en sus profundas entrañas.

Durante un tiempo, el equilibrio se sostuvo. Los cuatro seres se sentían orgullosos del trabajo realizado. Creían que la misión para la que habían sido creados tocaba a su fin y que el nuevo Mundo de Zoa conviviría en paz por toda la eternidad.

Pero la eternidad es mucho tiempo, incluso para la paz.

I

REBELIÓN

Los Señores de la Noche, los que con el tiempo fueron llamados «vampiros», no tardaron en comprender que se hallaban en desventaja. Al haberles sido asignada la oscuridad, su tolerancia a la luz del sol era limitada. Por lo tanto, también sus capacidades.

Al principio, los Señores de la Noche eran muy similares a los humanos. Se alimentaban también de fruta y carne. Su dieta se veía reducida a la caza de bestias nocturnas y a la recolección de frutos salvajes; pero jamás les importó, la noche les regalaba todo lo que necesitaban para sobrevivir.

Una noche, uno de los siervos recolectores se perdió, y poco antes de ocultar su rostro, se convirtió en el primer Señor de la Noche que presenciaba un amanecer. Sus ojos no se mantuvieron abiertos mucho tiempo, ya que su cuerpo se desfiguró rápidamente y sus párpados ardieron. A pesar de ello, el recolector sonrió satisfecho; casualmente, era el primer vampiro que contemplaba el alba con los ojos desnudos, un privilegio reservado tan sólo a aquellos que no eran como él.

El amanecer le entusiasmó tanto que al día siguiente decidió morir desnudo contemplándolo por última vez, antes de quedar ciego y reducido a cenizas. Pero, antes de morir, contó al resto de su especie la belleza del alba.

Y los Señores de la Noche, hasta entonces dueños de la oscuridad..., anhelaron la luz. Sintieron envidia de los humanos. Ellos podían vivir bajo el fulgor del sol, podían cultivar y cazar. Eran mayores en número. ¡El mundo era suyo!

Con el tiempo, los Señores de la Noche se rebelaron. Querían dejar de ser los tullidos de Zoa. Se organizaron y sembraron de trampas montes y campos. Las trampas de día eran cotos privados de noche. Lugares cerrados en los que aprisionar a los animales, las quimeras e incluso a los humanos con el único fin de alimentarse y divertirse dándoles muerte. Poco después, descubrieron la sangre.

El fluido natural de los seres vivos les revitalizaba por dentro. Desconocían el motivo, pero la sangre les sentaba bien. Así, los Señores de la Noche fueron llamados «vampiros» por la gran similitud con dicha especie de murciélagos.

Los vampiros empezaron a sentirse poderosos y decidieron batallar con los humanos. Varias especies de quimeras se unieron a sus ejércitos, al igual que los toros, los órices y los hombres-gato. Algunos por ambición, otros por miedo.

Los unos atacaban y los otros se defendían. Pero llegó el día en que el humano creyó justo atacar antes de ser ofendido. Y así, ante la triste mirada de los seres que los habían creado, la Primera Gran Guerra de los Vientos despertó todo su poder devastador.

II

GUERRA

A la precursora se le llamó la Guerra del Viento del Sur, porque fue en las Colinas del Sigilo donde se desató la Primera Gran Guerra. Y allí, el Viento del Sur silbaba entre las protuberancias del terreno produciendo un silbido similar al de la demanda de silencio.

El cielo se tiñó de rojo sangre. Las nubes se vieron salpicadas por los últimos rayos del sol del atardecer. A ambos lados del valle, dos ejércitos tomaban posiciones. El de la izquierda, el de los seres diurnos, murmuraba inquieto. Plegarias dedicadas a la naturaleza. Palabras de ánimo a sus compañeros. El de la derecha, el de los seres nocturnos, permanecía en el más absoluto silencio.

Los primeros callaron, los segundos sonrieron sádicamente. El líder de los Señores de la Noche era un hombre de figura larga y escuálida, engalanado con ropajes que le cubrían casi la totalidad del cuerpo, dejando sólo al descubierto unos amenazadores ojos de vampiro. Ronroneó como lo haría un gato satisfecho, rompiendo el silencio del valle.

Miles de escalofríos recorrieron las espaldas del ejército contrario. Temían al ronquido que anunciaba el inicio de la batalla. El principio de la guerra. El fin de la paz.

El vampiro hizo una señal a uno de sus siervos. El más joven lanzó al aire una especie de bumerán metálico, que cruzó el valle degollando a una nube en forma de albatros, sobrevoló las cabezas de hombres y quimeras, y acertó finalmente en el corazón del Delfín.

Una de sus afiladas hojas se clavó en el pecho del pez de aspecto humano. A pesar de estar erguido y cubierto por una fuerte coraza de plata y acero, el arma quebró la armadura alcanzando su órgano vital máspreciado. El Delfín se desplomó y miró pálido a sus compañeros. Segundos después, sus ojos se tornaron blancos y su corazón dejó de latir para siempre. Un revelador rastro de sangre daría inicio a la Primera Guerra de los Vientos.

Las Colinas del Sigilo estaban dispuestas y uno de sus valles, quizá el más bello, seguro el más estrecho, se dispuso como definitivo campo de batalla. El valle que separaba Alidra de Zul era la frontera de dos mundos completamente distintos. El de los seres de la luz y los de la oscuridad.

Los frutos de la Semilla de la Vida no pudieron hacer nada ese día. Eran seres creadores, no guerreros. Presenciaron el principio de la guerra pretendiendo permanecer ajenos a la batalla, pero tras la muerte del Delfín decidieron huir para no caer como su compañero.

Pasaron los días, las semanas, los meses y, antes de cumplir el año, la guerra acabó con una fatídica cacería. Los vampiros y las quimeras, que se unieron de forma rastrera a su bando, persiguieron a los tres supervivientes de la Semilla de la Vida dándoles caza vilmente.

Cayó así el Lobo, después el Cuervo y finalmente el Sapo, que fue ahorcado en un sauce.

III

ESPERANZA

Pero algo pasó en ese sauce, pues antes de exhalar su último suspiro, el Sapo creó un fruto con su magia. Una nueva semilla que contenía todo su poder. El legado que más tarde se dividiría en dos mitades iguales y opuestas, originando la Semilla de la Redención y la Semilla de la Destrucción.

De éstas debían surgir dos frutos, eternos antagonistas que tratarían de dominar el mundo para rehacer o destruir el equilibrio.


Y de la búsqueda de esa semilla y la perdurabilidad de ese equilibrio... trata esta historia. La historia del mágico Mundo de Zoa.

PRIMERA PARTE



La tierra especial

MI HOGAR

 ANTE sus ojos, el atardecer más bello que Komori jamás había visto se ocultaba augurando la que probablemente sería una noche oscura y llena de nervios. Después de varias semanas de viaje, la niña por fin llegaba a su nuevo y pequeño centro del universo.

Ahora, tan sólo debía adentrarse en los bosques y encontrar *«donde la niebla no se detiene a descansar y las hojas secas rehuyen el viento helado»* un buen lugar donde construir su primer hogar. Bueno, y el de Índigo, su gatuno compañero de aventuras.

Montada en su destartelado carruaje de madera y metal, tan sólo le obsesionaba la idea de encontrar ese idílico lugar que *«roza el vacío y toca el rocío»*. Ya que ésa fue la frase que su abuela le dejó como legado antes de desaparecer. Siete palabras que jamás llegó a entender. Uno de los misterios de su infancia que en breve quizá sería desvelado.

Su abuela se fue. Komori jamás volvió a saber de ella, ni de las asombrosas leyendas que siempre le hacían reír hasta llorar cuando era niña. Leyendas que su abuela insistía en que no eran sólo fábulas, que tenían algo de cierto y que sólo lo descubriría cuando iniciara su propio «gran viaje». Pero todo aquello ya formaba parte de su pasado. Y después de doce años, nueve

meses y tres semanas viviendo junto a su familia, Komori decidió emprender por fin su viaje hacia el conocimiento, algo que todo aprendiz aspirante a sabio debe hacer, lo quiera o no. Tarde o temprano. Y hoy, coincidiendo con su decimotercer cumpleaños, llegaba a su destino. ¿Sería ese el lugar que tanto había buscado?

Por aquellos estrechos caminos de tierra se sentía extraña. Observada, espiada. Como si mil ojos la miraran desde lo alto de las ramas, escondidos entre las copas de los árboles o, ¿quién sabe?, quizá bajo los nenúfares de los lagos. Esa sensación no hacía más que llenarla de una incómoda inquietud que no desaparecería hasta pasados unos días de alianza con el entorno. Pero ese sentimiento perturbador se desvaneció con los últimos suspiros de la niebla. Al desaparecer, la niña descubrió el significado de aquella indescifrable frase.

Había llegado a un gran barranco. Ante sus ojos, sólo podía ver un horizonte infinito recubierto por inmensas masas de nubes. Ese lugar parecía ser el mismísimo fin del mundo. Más allá de ese pequeño y respingón terreno no había otra cosa que el vacío. Komori estaba segura de que si cayera por él se dormiría de agotamiento antes de darse de bruces contra el suelo. Y se encontraba en una pequeña porción de terreno donde no había árboles, ni hierba, ni tierra. Sólo crecía, como una alfombra minuciosamente tejida, el más verde y luminoso musgo que jamás habían acariciado sus pies desnudos. ¿Y dónde se palpa mejor el madrugador rocío que sobre un buen puñado de musgo bien crecido? Estaba claro. ¡Y decidido! Ese sería el lugar donde construiría su anhelada casa.

Pero nada de piedras, pasta o barro. Komori intentaba ser lo que algunos histéricos no dudaban en calificar de «¡bruja!», y no podía esperar más días durmiendo en su carruaje bajo gruesas

mantas de ozzie, un curioso animal apreciado por su lana. Así que cogió el zurrón y lo abrió hasta dar con un pequeño paquetito. Deshizo minuciosamente su lazo y comprobó cómo la hoja seca que resguardaba el contenido había dejado de ser verde para convertirse en un pálido matiz de blanco. Las yemas de sus dedos acariciaron con cuidado la hojita hasta deshacerla como si fuera ceniza.

Allí dentro conservaba el regalo que su abuela le había dejado de recuerdo. Legado y herencia. El mayor tesoro que nunca tuvo: su casa. Bueno, en realidad era una simple semilla de roble.

«Una semilla de roble; libro dos, página treinta y seis: *“Árbol fagáceo que da lugar a bellotas pedunculadas amargas, característico por su dura y compacta madera, muy apreciada en la ebanistería tradicional por su resistencia y robustez. Así como muy bonito por su color pardo amarillento y los pegajosos pegotes de resina que se forman en su vasta corteza”*. ¡Arf!, ¡arf!, ¡arf! ¡Lo recordé! No sé si podría volverlo a repetir», citó la niña para sus adentros.

En pocas palabras: la semilla de un arbolito que tenían plantado en el jardín de su casa. ¡Una semilla encantada!

Un día, en su habitual paseo al amanecer, su abuela se acercó al roble más sano. Cerró los ojos y, en el más imperturbable silencio, sobre la palma de su mano cayó una hermosa y perfecta bellota. Inestable, la dejó caer sobre la mano de la niña y, con la tranquilizadora voz que la maquillaba, dijo:

—Al plantarla, esta semilla será tu hogar. Antes de que puedas contar hasta ocho, sus raíces te habrán doblado en altura.

Esa mañana no volvieron a hablar del tema. La sorpresa dejó a Komori sin aliento el resto del día, hasta que al anochecer la curiosidad pudo con ella. En una conversación relajada, y ante el parpadeo de las sombras proyectadas por una única vela, su

abuela le explicó que su casa se construiría con la magia que en ese instante guardara en su interior. Y que, por ello, debía pensar en ese momento durante todos y cada uno de los días que pasaran antes de su emancipación. Y así fue.

En aquel instante, frente al barranco, Komori no podía albergar más ilusión. Casi no había soñado más que con esos inciertos ocho segundos.

Se acercó al carruaje y hurgó entre bolsas y mantas, despertando conscientemente a su gato azul. Pasó su mano suavemente por el lomo de Índigo, algo que le encantaba. Y aunque aquello de que toda bruja debe tener un gato es un tópico infundado, lo cierto es que a ella le hacía sentir un poco más cerca de sus objetivos. Además, su abuela siempre dijo que cualquier animal era bueno si se le trataba con cariño.

Índigo avanzó unos pasos para resguardarse entre los pies de la niña. Ante las sombras alargadas de sus cuerpos, Komori lanzó la semilla contra el suelo repleto de musgo. Quizá fuera el viento, o tal vez la ansiedad, pero aquel instante sucedió ralentizado ante la aprendiza de sabia. Cerró los ojos para concentrar toda su magia en la semilla y...

...No pasó nada. ¿No pasó nada?

—¿Pero qué es esto? ¿Una semilla encantada o una tomadura de pelo? ¿Cómo es posible que mi abuela me engañara tan fácilm...?

Sus ojos no se abrieron más porque los párpados clavaban sus punzantes pestañas bajo las cejas. De repente, un fino haz de luz surgió del interior de la semilla, se convirtió en lo que fue un hermoso baile de luciérnagas multicolor y desembocó en el crecimiento acelerado de un robusto árbol. Pero algo iba mal. Las ramas parecían desproporcionadas, no podían levantarse

del suelo. Y... era feo, sin hojas, sin nada similar a lo que se entiende por casa u hogar.

Ante la inesperada decepción, la niña no se rindió y, haciendo uso de su desmedida tozudez, decidió intentarlo de nuevo.

Cerró los ojos. Esta vez sí sintió «el hormigueo», una sensación que recorrió a velocidad supersónica la mayor parte de su cuerpo y que al fin llegó a la semilla. Si no, no puede explicarse por qué ese horrible árbol deformado se estaba convirtiendo en un asombroso tronco coronado con varias ramas y gordas raíces ancladas al suelo. Poco después, su copa empezó a poblarse de hojas y... finalmente, como si fuera la última pincelada de una gran obra maestra, aparecieron una puerta, dos ventanas, un balcón, las escaleras, ¡e incluso un buzón! Emocionada, abrazó a Índigo hasta hacerle maullar. En ese instante sólo dos palabras flotaban en su mente: «Gracias, abuela».

Tras el relámpago, el rayo apenas tardó un segundo en achicharrar el buzón. Asustada y junto a un gato al borde de un ataque de pánico, Komori dio un salto hasta el primer escalón. Al agarrar la empuñadura de la puerta de madera, la lluvia empezó, repentinamente, a descargar una intensa ráfaga de agua y enfurecida electricidad sobre el valle. La niña y el gato entraron apresurados en casa. Una casa que aún desconocían.

Lo primero que hizo fue chasquear los dedos para encender las tres velas que le pareció ver silueteadas al entrar. Poco después se dio cuenta de que no servía de gran cosa y tuvo que recurrir a la caja de cerillas que siempre llevaba en su zurrón. Digamos que ser un esbozo de bruja no garantiza el que todos los hechizos, conjuros o como se les quiera llamar, funcionen a la perfección en el preciso instante que los necesitas. Llevar unos cuantos fósforos para las emergencias le había sacado de más de un apuro. Solucionada la iluminación, se dio paso a la sorpresa.

Su ojo izquierdo comenzó a moverse, dando lugar a un tic oculto que hasta ese momento no había sido descubierto. Pensó que tantas emociones juntas podrían no ser buenas para su organismo. Aquel árbol hueco se había convertido en un comfortable hogar de dos pisos y un sótano diseñado al detalle. Era todo lo que siempre había deseado.

Tres peldaños llevaban a la puerta de entrada. Una vez en el interior, se podía observar cómo la cocina y un pequeño y acogedor salón formaban un bonito recibidor. El salón invitaba a acomodarse en uno de los confortables sofás tejidos con alegre tela tricolor. Unos cuantos armarios, un reloj de péndulo, un par de ventanas decoradas con cortinas a juego y varios mueblecitos con cajones.

En la copa del árbol, en el segundo piso, se encontraba su habitación, muy bien iluminada gracias a un único ventanal que daba paso a una terracita desde la que podría observar cada una de las estrellas que se dibujaran en el cielo. Lo primero que pensó al ver su cama recubierta por un dosel de gasa blanca con su nombre bordado, «Komori», fue en las mañanas que despertaría cegada por los rayos del alba. Con el incesante sonido de las gotas de lluvia como romántico telón de fondo, Komori bajó al sótano emocionada. Y allí encontró el mejor regalo de su abuela, la habitación donde pasaría la mayor parte de su tiempo.

Un escritorio, un pequeño laboratorio y miles de estanterías aderezadas con cientos de libros de todo tipo. Mapas, un reloj, una pequeña bodega que le serviría de herboristería y mil útiles y herramientas.

De pronto, la niña volvió a la realidad y recordó que había dejado el carro fuera. Subió las escaleras fijándose en cada uno de los recién estrenados escalones y comprobó antes de salir que Índigo ya se había acomodado en su pedacito de casa.

Le sorprendió que tuviera habilitado una especie de compartimento de tela en lo alto de un armario. El gato se acurrucaba perezoso sobre un cómodo cojín.

Luchando contra un intenso viento, con una mano agarrándose el sombrero y con la otra abriendo la puerta de la entrada, Komori consiguió salir afuera y acercarse al carruaje. Entonces descubrió con asombro el que sería su primer «saludo de bienvenida»: un paso más allá del buzón, no llovía. No había ni rastro de viento y el ambiente no estaba menos seco y electrizado que el de un cálido día de verano. Al principio le desconcertó el ver su casa, su hogar, ¡su roble!, bajo una especie de círculo lluvioso que descargaba toda su agua, viento y furia. Pero rápidamente se lo tomó con resignación.

Esa noche ya no pensó más en lo sucedido. Mirándolo por el lado bueno, el carruaje no se había mojado. Y en vez de tener unas mantas empapadas y un equipaje pasado por agua, tenía todo listo y preparado para empezar a acomodarse la mañana siguiente.

Por cierto, llovió toda la noche. Tuvo que atrancar puertas y ventanas porque, si bien le parecía relajante, le inquietaba el sonido del aire resoplando entre ellas.

Pese a los nervios y la noche oscura... ese día había sido el más feliz de su corta vida.

EL DÍA DE LOS MERCANTES

HACÍA un par de horas que había amanecido. Komori se había levantado con el primer rayo de luz. Abrió los ojos y rápidamente se dirigió a ordenar el sótano mientras desayunaba una taza de leche de cabra con miel. De repente escuchó una especie de murmullo en el jardín. No podía considerar jardín a todo el bosque, pero veía justo pensar que sí a los primeros cinco o seis metros que bordeaban la casa.

Decidió descansar unos minutos de la trabajosa tarea de colocar por orden alfabético los libros, mapas y potingues. Después se dirigió hacia el salón. No se atrevía a salir sin antes controlar la situación desde dentro. Sigilosamente se acercó a la ventana de la cocina. Entreabriendo lentamente la cortina miró un buen rato sin descubrir nada. Sólo llegó a sus oídos una intrigante frase envuelta en alborozadas risas.

—¡Eh, chicos! ¡Se le ha achicharrado el buzón!

Pensativa, dudó por un instante si salir a controlar las circunstancias, pero éstas la controlaron antes a ella. Una especie de niño... o calabaza... ¡o las dos cosas! la asustó al aparecer tras la ventana. Fue extraño. Se asustó pero dentro de sí no sintió miedo, sólo un hormigueo similar al de la magia, aunque un poco más abajo, en el estómago. Quizá debía ir al baño.

Komori escuchó, identificó y clasificó mentalmente las voces de aquellos tres chicos. Parecían felices y simpáticos, pero eran demasiado alborotadores, y pensó que lo mejor sería no darse a conocer en esa situación, algo desagradable para ella aunque aparentemente divertida entre ellos.

Agachada, se sentó en el suelo apoyándose en la pared para tratar de ocultarse. Observaba cómo Índigo dormía aún sobre el armario, hasta que una piedra atravesó la pequeña ventana de la cocina como un fugaz meteorito. El estridente sonido de cristales rotos despertó al felino y dio paso a una nueva frase.

—Grimo, ¿estás loco? Hay una niña ahí dentro... ¡la he visto! ¿Por... por qué lo has hecho?

Fue entonces cuando golpearon la puerta tres veces y Komori comprendió que no podía esconderse más. Abrió.

—Ho... hol...

El chico-calabaza no pudo decir más que «hol» al ver a Komori envuelta en un hermosísimo marco de cabello violeta, por lo que un niño con forma de zorro, o un zorro con forma de niño, acabó de decir la palabra por él.

—Hola...

El chico con cabeza de calabaza continuó:

—Hooo... hola. Sentimos lo de la ventana. A Grimo se... se le ha ido la mano —dijo aún algo aturdido.

—No pasa nada —fue lo único que pudo decir Komori, seguramente las primeras palabras que intercambiaba con alguien desde que había partido hacía semanas.

—Er... eres nueva, ¿verdad? Ayer te vimos llegar —dijo el niño-calabaza.

—Sí, llegué ayer. Me llamo... —antes de que pudiera acabar la frase, el niño la interrumpió.

—Yo soy Sebastian.

—Mi nombre es Komori —dijo mientras sentía de pronto una profunda timidez que no había experimentado desde hacía mucho tiempo.

—El que te ha roto la ventana es Grimo. No le guardes rencor, él es así, imprevisible, pálido y un poco descerebrado.

Grimo asintió con una divertida reverencia, desenchajando uno de sus brazos de quita y pon, y utilizándolo como si fuera un cetro que anunciara su presencia. La bruja observó sus enigmáticos ojos. Su iris parecía contener múltiples colores que ataviaban a su inocente mirada de un extraño misticismo.

—Y él... es Zigo —dijo señalando al niño-zorro.

—¿Vivís en el bosque? —preguntó Komori.

—No, no... qué va. En el bosque sólo viven los animales y los fantasmas. Vivimos en el pueblo. Aquí venimos a jugar —respondió Sebastian con naturalidad, aunque algo asustado.

—No os preocupéis por la ventana, la arreglaré —apuntó Komori, anticipándose a un posible tema de conversación.

—Si quieres, en un par de horas podemos volver a arreglarla y...

—No, gracias. No es necesario. Sé hacer un poco de bricolaje —dijo Komori sin comprender la frialdad de sus palabras.

—Vale, bien... y bienvenida al pueblo —dijo Sebastian retirándose un poco de la puerta, bajando de espaldas los tres escalones y poniéndose al nivel de sus amigos, a la vez que levantaba la palma de la mano e intentaba esbozar una sonrisa acorde con el saludo.

—Gra... gracias —dijo ella sonrojándose como una cereza.

Sebastian se quedó mirando fijamente, y casi como hipnotizado, los grandes ojos de Komori, claros y violetas como su cabello. Ella se limitó a cerrar lentamente la puerta, apurando al máximo los últimos instantes de ese extraño momento. Luego se

asomó a la ventana camuflándose entre la cortina con timidez, y cuando vio que estaban unos pasos lejos, cerró los ojos y la ventana de la cocina volvió a tener un cristal completo. Más allá, Sebastian habló con sus amigos.

—¡Eh!, ¡eh! chicos... lo juro, acabo de ver cómo el cristal se reparaba solo... —dijo alterado.

—Sí, claro... todos te comprendemos. La «chica solitaria» te ha trastocado la cabeza —respondió Zigo burlándose con malicia.

—¿No será que te gustaaa...? —dijo Grimo.

—¡Claro que no! —contestó volviéndose cada vez menos naranja, pero sí más rojo.

Komori se acercó al sofá. Se hundió en él hasta que pudo apoyar los pies en el suelo y usar el respaldo para sujetarse el cogote. Recordaba la apariencia de aquellos chicos.

Sebastian era un niño de aproximadamente su altura. No muy alto. Su cuerpo se hallaba embutido en un extraño traje de cuero negro, sujeto por alguna que otra hebilla en pies y muñecas. Vestía ropas verdes y harapos sencillos acabados en puntas hechas trizas, tan sólo divididos por un ancho cinturón. Aunque lo que más le inquietaba era su rostro. No tenía cabeza, sólo una calabaza con dos agujeros para las cuencas y un corte en forma de boca. Lo más curioso era la ausencia de ojos. Sólo dos huecos profundos y negros, que no permitían saber exactamente si estaba mirando, si podía mirar o si deseaba hacerlo. En vez de pelo, un pequeño troncho verde rodeado por tres o cuatro hojas duras poblaba su cabeza vegetal. A Komori le pareció extraño no sentir en ningún momento que hablaba con una hortaliza, sino con la persona que realmente parecía haber ahí dentro.

Por su parte, Zigo no difería demasiado del aspecto normal y corriente de un zorro humanizado. Andaba a dos patas y quizá

su cuerpo recubierto de pelo marrón claro le asemejaba más a un perro. El niño-zorro tan sólo vestía unos holgados pantalones anchos de color tierra, atados con una cuerda que rodeaba varias veces su cintura hasta dejarse caer colgando. Las manchas negras y blancas que cubrían su cola, morro y orejas parecían complementar su atuendo. Sin ir más lejos, el pelo oscuro que cubría sus manos y antebrazos recordaba a dos largos guantes negros. Sus pies iban descalzos y los ojos se encontraban recubiertos por una especie de contorno negro que le daban un aire misterioso. Además, el niño-zorro era más largo y proporcionado que un cuadrúpedo normal, tenía un pecho compacto y era de constitución más bien atlética.

Por último, Grimo. Aunque a simple vista podía parecer repugnante, se dio cuenta de que era el que poseía el aspecto más humano. Su tez pálida rozaba el gris claro amoratado y, a juzgar por sus labios resecos, la boca parecía haber sido cosida y descosida hasta la saciedad. Su lacio y mustio pelo negro caía despeinado de su cabeza, con un molesto mechón largo sobre su cara que él no dejaba de rebufar. Sus uñas estaban mordidas y pintadas de negro, dándole un aire de lo más tétrico. Vestía una especie de traje negro, similar a una elegante levita entallada, aunque con un corte un tanto extraño, bastante moderno. En conjunto, Grimo parecía más cercano a un escarabajo disfrazado de caramelo que a un niño de su edad. Pero poseía esos bonitos ojos irisados y ojerosos que parecían hipnotizarte con su mirada despreocupada. Y aunque la reverencia le pareció algo desagradable, no dejó de ser conmovedora su cara de gozo al arrancarse el brazo y utilizarlo como cetro.

Índigo saltó de lo alto del armario hasta el regazo de Komori. La niña lo acarició de forma sosegada, recordando todo el trabajo que le quedaba por hacer antes de ir al pueblo. «¿Qué

puedo comer hoy?», se dijo ensimismada. Alzó la mano suavemente y la puertecita de madera de una pequeña despensa se abrió en la cocina. Las bisagras chirriaron agudamente, anunciando una gran nube de vapor helado que no tardó en chocar contra el techo. En el interior, una tiritante ratita de ojos tristes no se lo pensó dos veces antes de salir corriendo, dejando a su paso un curioso rastro de fina escarcha blanca. Komori miró a Índigo y se sonrió pensando: «¿Sabe bien *eso* que te doy de comer?».

El sol se hallaba en lo más alto. La comida no había estado tan mal: sardinas crudas desmigadas. Y pensándolo bien, con un poco de imaginación no saben peor que un pedazo de seta húmeda. Durante su viaje, Komori e Índigo habían sufrido los estragos de una tormenta de arena. Perdieron el resto de las provisiones y no tuvieron más opción que alimentarse de todo tipo de frutas silvestres y algún que otro hongo de dudosa procedencia. Así pues, un poco de pescado crudo no acabaría con ellos. Es más, a Índigo le encantaba.

Komori salió a preparar el carruaje, era sencillo y no muy grande. No pudo evitar observar el mal aspecto del buzón chamuscado y pensó que no daba buena impresión para un nuevo inquilino arbóreo tener un buzón ennegrecido por el hollín. Con un rápido giro de muñeca y un sincronizado movimiento de brazo, la magia hizo acto de presencia nuevamente. El buzón volvía a ser un buen lugar donde depositar la correspondencia de una bruja.

La niña se acercó al carromato y se agachó para alcanzar lo que parecía una pequeña casita ubicada en los bajos del carro. Dio un par de golpecitos y preguntó con excelente educación:

—Perdona, ¿podrías llevarme al pueblo?

Una especie de roedor blanco de lomo castaño salió a su encuentro entre bostezos. Con gran dificultad para abrir los ojos

tras descubrir lo fuertes que pueden llegar a ser unas legañas resacas por el frío de la noche otoñal más helada, el animalito respondió:

—Claro, no hay problema.

Con algo de desánimo, saltó del carro. Una vez en el suelo, Komori le acercó la mano ofreciéndole una pequeña pepita de melón encantado. Tras masticar tediosamente y con esfuerzo, el roedor se convirtió en un agigantado «guerbo» de expresión indiferente y aún algo somnolienta. Del tamaño de un caballo joven.

El guerbo es un roedor similar al hámster, pero mucho más delgado. Con las patas largas, parecidas a las de una liebre o un canguro de puntillas, y una larga cola coronada por un pequeño plumón blanco como la cola de un león. El guerbo es muy parecido al «jerbo», aunque se diferencia de éste en que posee la capacidad de hablar.

Komori acercó con cuidado las yemas de los dedos a los crecidos ojos del animal e intentó ayudarlo a despegar los párpados sin demasiado éxito.

—Las noches aquí son demasiado frías, deberíamos mudarnos si no quieres que tu chófer sea un pobre animalillo ciego —dijo el guerbo con algo de retintín.

—De acuerdo, puedes vivir en el buzón si no te comes las cartas como hacías en casa —respondió ella con vaga desaprobación.

El roedor le regaló una sonrisa forzada, mostrando su desacuerdo ante la imposibilidad de deleitarse con las succulentas cartas de papel. Sabores de fibras lejanas, fragancias exóticas. Benzo era el más fiel y servicial de todos los guerbos, pero su extraña y curiosa pasión por masticar papel lo convertía además en único en su especie. Entretanto, ajustó con precisión las gafas

de piloto de goma y cristal que hasta ahora no habían dejado de rebotar en su cuello, para disponerse, en un soplo de mosca, a pronunciar su frase fetiche:

—¿Al pueblo? Pues al pueblo.

Komori se agarró con fuerza el sombrero. El guerbo, la bruja y el carromato salieron disparados a una velocidad de vértigo, atravesando bosque, colina y valle hasta llegar a un lugar repleto de tenderetes con cachivaches, potingues y otros hierbajos. Sin pretenderlo, habían llegado en el «día de los mercantes», sin duda alguna la cita mensual más esperada por hombres, mujeres y niños en busca de nuevos útiles e ingredientes culinarios. Aunque también era el mejor sitio donde comprar las excelentes telas o artesanías de otros poblados.

El día de los mercantes sacaba a la calle las mercancías de las tiendas del pueblo, compartiéndolas con vendedores ambulantes, nómadas y artesanos de todo tipo y procedencia.

Benzo escupió al suelo la pepita, ya tan masticada que parecía papilla, y pronto recobró su tamaño real. Komori abrió uno de sus bolsillos y el animalillo no dudó en entrar de un pequeño salto.

Para Komori, aquella era una situación de lo más sorprendente. Sentía que todo aquello le sobrepasaba. ¡Nunca había visto tanta gente extraña junta! Quizá imaginaba lo que supondría salir de un pueblo donde la gran mayoría de la gente no era más diferente de ella que por el peinado o la forma de vestir. Pero aquello era impresionante, espectacular. Colmaba todas sus expectativas. La dejaba sin palabras.

En una ancha y larga calle empedrada podía observar cómo cientos de seres distintos, algunos hermosos, otros extravagantes y otros ciertamente horribles, convivían en perfecta armonía.

La niña dio unos pasos entre la multitud hasta llegar a un pequeño embotellamiento de gente oronda y lenguaraz. Atrapada entre sus hinchados traseros, tuvo unos segundos para repasar mentalmente la lista de la compra. No era el principal motivo de su visita, pero ya que se encontraba rodeada de tiendas y tenderetes —y la comida del gato no era su plato preferido—, debía aprovechar la ocasión.

LISTA DE LA COMPRA

- *Una escoba de paja*
- *Miel*
- *Leche*
- *Levadura*
- *Harina*
- *Especias*
- *Legumbres*
- *Embutidos*
- *Fruta*
- *Un bote de tinta de mora*

La escoba de paja la necesitaba para barrer las hojas que se amontonaban alrededor de su roble, aunque algunos creyeran que la utilizaría para volar por los aires. De hecho, su roble siempre se encontraría en flor. O eso creía. Pero las hojas secas del bosque, por una de esas inexplicables razones que ya le empezaban a intrigar, no hacían otra cosa que arrimarse a su entrada. Y claro, entre el buzón achicharrado y el crujir de las hojas secas, daban ganas de salir corriendo en lugar de llamar a la puerta.

La miel y la leche eran elementos fundamentales de su dieta básica y aunque de eso sí tenía en casa, no se podía resistir a saborear los productos de esa extraordinaria gente. La levadura,

la harina y las especias culinarias eran ingredientes para hacer pan. Pocas cosas sabía cocinar a golpe de dedo, utilizando la magia, pero el «pan especiado» le salía de maravilla. Las legumbres y los embutidos serían su salvación a la hora de decidir qué comer y la fruta era lo único que le gustaba merendar de vez en cuando. Fruta bañada en chocolate y caramelo, un placer para el paladar y una tortura para los dientes.

El bote de tinta de mora... bueno, tenía un buzón, tenía papel, supuso que a alguien tendría que escribir tarde o temprano. Y quizá no sería mala idea avisar de su llegada a familiares y amigos.

Alguien la pisó, no supo con certeza quién, aunque el hombre del traje negro y arrugado parecía un candidato ideal para ser el perfecto culpable. Komori avanzó como pudo hasta el tenderete cubierto por una lona blanca. En realidad debía haber sido blanca en un principio, ahora era más amarilla y sucia que otra cosa. Un montón de frasquitos espigados con tapón de corcho y perfectamente etiquetados le llamaron la atención. Alcanzó a llegar hasta la primera línea de gente, ella era el bulto bajito con sombrero grande. Eran esencias. «¿Esencias?», se dijo a sí misma, sin percatarse de que lo decía en alto.

La tendera se giró, balanceó ligeramente su cuerpo para ponerse a su nivel y le dijo con voz agria y petulante: «E-sen-cias», como reafirmando su expresión. Le habló como se habla a un forastero, así que a Komori no le quedó más opción que poner cara de «sé lo que estoy diciendo» e hinchar sus pulmones de seguridad para decir:

—¿Sólo tenéis esencias para perfumes o también tenéis esencias de Himaya?

No estaba segura de si lo había dicho bien. La bruja había leído sobre el tema de las esencias en algunos de los libros de la

abuela. Las esencias de gato eran muy frecuentes en pócimas contra vampiros de razas «ásperas», así que no le vendría mal saber si las esencias «himayas» podían conseguirse en el lugar.

La mujer cambió de rostro adquiriendo un extraño resplandor amable. Con un suave tono de voz alertó ilusionada a su compañera, que se encontraba sentada en un taburete, remendando lo que parecía una especie de manta de hilo gris.

—¡Himayas! ¡Ha preguntado por esencias «himayas»!

Komori quedó atónita ante el radical cambio de actitud de la mujer. Hablándole con voz susurrona y un timbre más propio de una madre que de una desconocida, la invitó a pasar al interior del tenderete.

La mujer apartó la lona del fondo y entraron en lo que era una tienducha algo destartalada y a la que ese día no se podía acceder por ser un día de mercado al aire libre. El suelo había sido embaldosado como un tablero de ajedrez, aunque de forma errática y con colores polvorientos. Las paredes se levantaban recargadas de cajas, cajones y estanterías numeradas y perfectamente catalogadas; parecía el almacén del pequeño tenderete. Si afuera podías encontrar doscientas o trescientas fragancias, en el interior debía haber más de seis mil. Por ello, aquel lugar desprendía un extraño olor a almizcle. Al respirar, cada inhalación olía diferente.

Estuvieron en penumbra hasta que la mujer levantó de un golpe una persiana gastada. Dejó entrar un rayo de luz difusa que chocó con el polvo que flotaba en el aire, creando así un halo de inquietante misterio. La cabeza de la tejedora apareció entre la lona que separaba el tenderete de la tienda: «No te preocupes, Yeya, yo cuido del negocio». Yeya se acercó a la niña, su perfilada sombra a contraluz le causó algo de miedo. Seguidamente le cogió la mano y Komori sintió su piel áspera y arrugada como

el papel gastado, fría pero llena de vitalidad. La mujer dijo con una voz tristemente quebrada, aunque llena de esperanza:

—Dime que no lo leíste en un libro viejo.

La niña se quedó perpleja, ¿cómo sabía eso? No podía mentirle y su vocecilla sólo pudo musitar dos palabras.

—Lo siento.

Yeya se giró de nuevo, el único rayo de luz que entraba por la ventanita chocaba contra su cara rebotando en el blanco de sus ojos. Probablemente, cegándola por completo. Por algún extraño motivo, la niña se sentía culpable de su tristeza, aunque no sabía cómo remediarlo. Así que trató de disculparse:

—Lo leí en un libro de mi abuela: *El libro de las esencias himayas*. Lo estudié durante algún tiempo, aunque jamás tuve ocasión de probar...

Antes de finalizar la frase, la anciana se giró nuevamente hacia la niña, tocó su mejilla suavemente y con los ojos húmedos exclamó:

—¿*El libro de las esencias himayas*! ¿Lo estudiaste? ¿Eres descendiente de una «hirba»?

—¿Una hirba?

Yeya se sentó en una mecedora carcomida por las termitas, llena de polvo y serrín.

—Un clan... una comunidad de brujas. Una persona capaz de «aturdir los sentidos» con los conocimientos herbáceos.

—Sí, mi abuela era bruja antes de...

Se hizo un breve silencio y Yeya la miró con emoción antes de preguntar:

—¿Soldna murió?

—No... creo. ¡Eh!, ¿cómo sabes su...? —preguntó Komori estupefacta.

—Te pareces mucho a ella, tienes su misma mirada.

—¿La... la conoces? Ella se fue... ¡no la he vuelto a ver!

—Un viaje incierto, ¿eh? Ella es así, puede que haya muerto y puede que no. Pero no te preocupes, seguro que está más cerca de ti de lo que puedas imaginar. El camino de una hirba es frágil y a menudo cambiante, pero tu abuela es fuerte y siempre ha sabido lo que se hace.

Sus palabras hicieron que el corazón de la niña pudiera oírse desde kilómetros de distancia. Komori estaba segura de que incluso el gentío de la calle podía sentir su exagerado bombeo. Latía tan fuerte que pensó que podría explotar, y es que su abuela jamás mencionó nada de su pasado. Por lo menos no lo hizo de sus amigos, sólo de sus viajes. De hecho, su abuela fue siempre una nube serena y misteriosa, tranquila, sin rencor ni remordimientos. O eso era lo que ella quería mostrar. Y con su nieta, por supuesto, lo había conseguido.

Yeya se sacó del bolsillo una especie de llave cobriza y levantó una de las baldosas desprendidas del suelo. Allí debajo se encontraba escondida una caja de metal decorada con extraños leones alados. Ésta, a su vez, contenía una diminuta cajita de cristal de color añil. No debía ser más grande que la punta de un pulgar, pero su interior parecía contener algo realmente valioso.

Con una sonrisa iluminando su rostro y una mirada triste aunque esperanzada, Yeya estiró su lánguido brazo ofreciéndole con fatiga la cajita a la niña. Le dijo:

—Esencia himaya de gato, llévala siempre contigo. Si quieres ser una bruja, la necesitarás.

Komori no sabía si darle las gracias o callar para siempre.

Yeya finalizó el encuentro levantándose de la silla con un rápido movimiento. Para sorpresa de la bruja, saltó varios metros haciendo gala de una increíble potencia. Aquello parecía imposible para una anciana. Komori la vio agarrada con fuerza al

marco de la ventana, tapando casi por completo la escasa luz que entraba en la habitación. Algo ocurrió, algo que sus ojos de aprendiz no pudieron ver tras cegarse repentinamente con el fuerte resplandor. La última imagen de Yeya fue la de su silueta imitando a un feroz animal trepador. Después del resplandor no quedó nada, sólo el rayo de luz, el polvo flotando en el aire y un punto luminoso que la bruja percibió como una luciérnaga huyendo de la habitación.

Komori se acercó a la ventana a paso lento, alzó su mano para ver al trasluz la cajita azul y descubrió un líquido en su interior. La guardó rápidamente en el bolsillo y salió afuera. La amiga de Yeya, la tejedora, se despidió de la niña con una única y desconcertante frase:

—Guárdalo bien, lo hemos protegido para ti durante mucho tiempo.

Komori se encontraba de nuevo en ese río de gente, navegando a contracorriente entre seres zoomórficos y quimeras de todo tipo. Con la mirada perdida, avanzó algunos pasos hasta volver a la realidad.

Compró tinta de mora, aunque con el olor dulce que desprendía no sabía si usarla para escribir o darle un lametazo. Se hizo con las especias, la levadura y el resto de ingredientes. Llenó de fruta un cesto de mimbre y cuando se dispuso a adquirir la escoba, las protestas de la gente empezaron a llegar a sus oídos. Cada vez más cerca.

Poco después descubrió que un erizo del tamaño de su carromato era el culpable. El animal se detuvo a sus pies revelando el porqué. Sin duda, los pinchazos en el trasero no habían agradao a nadie. Cuando se alzó poniéndose a dos patas, Komori pudo descubrir que iba vestido con unos pantalones marrones,

un par de tirantes y unas gafas redondas con uno de los cristales rotos. Desde luego, ya no parecía tan animal.

Mientras la gente seguía quejándose —aunque nadie se atrevía a acercarse para no volverse a pinchar— y el llanto de un niño consentido se oía a lo lejos, el puerco-espín con pantalones dijo con voz entrecortada:

—Ya, ya sé la noti... ticia. Bien... bienvenida al pueblo —dijo ofreciendo su mano con amabilidad—. Soy Birton, aunque me pu-puedes llamar «Birton Aok Lem Veratiem Salzemrat».

—Mejor, Birton —dijo Komori algo aturdida.

—Co-como quieras, la ge-gente su... suele preferir Birton Aok Lem Veratiem Salzemrat. Es más fácil de re-recordar.

«Es que... tengo poca memoria...», replicó Komori para sí.

Birton aseguró las gafas en su hocico y con un amable rostro desorientado, dijo:

—¿Co-comprando una es-escoba de pa-paja? ¡Mejor una de e-erizo!

Y al decirlo se llevó la mano al trasero, arrancó un puñado de púas y se las sirvió. Después ayudó a Komori a cargar el pesado cesto de fruta y la invitó a pasear hasta su carromato dejando la compra a buen resguardo.

Al dar unos pasos, Komori observó sorprendida cómo se formaba un largo pasillo ante ellos. La gente se apartaba temiendo volver a ser pinchada por el despistado erizo. Él ni siquiera se daba cuenta de lo que sucedía, parecía más que acostumbrado a ser el punto de mira y de rechazo de los demás.

Los pocos minutos que tardaron en llegar al carro sirvieron como muestra de la cortesía de Birton y para dejarle de recuerdo una insólita frase:

—Birton Aok Lem Veratiem Salzemrat a tu... tu ser-servicio. Si ne-necesitas algo... ya sa-sabes do-dónde estoy.

—¿Lo sé? —preguntó Komori.

—No —respondió Birton dándose cuenta de que, ciertamente, no le había dicho dónde encontrarle—. Pero me... me puedes encontrar en mi des... despacho, ju-junto a la bi-biblioteca. Soy hi... historiador, «leyendador» me lla-llaman algunos.

—Encantada —respondió Komori regalándole la mejor de sus sonrisas.

Komori volvió a casa con Benzo y la compra. Inquieta, pero muy satisfecha.

Pasaron las horas. El herbario, los libros y demás papeles ya estaban perfectamente clasificados y ordenados, aunque aún quedaban pendientes algunos mapas y dibujos. Dieron las ocho y llovió. Komori no podía dejar de pensar en la esencia himaya que Yeya le había dado con tanto misterio.

De pronto, un rayo cayó sobre su buzón chamuscándolo de nuevo. Esta vez, Benzo salió tostado de su nuevo hogar. De los bigotes le saltaron chispas.

Komori salió afuera para comprobar que esa lluvia caía sólo sobre su roble. Esta vez no le importó mojarse, suficientes emociones había pasado ya. Un poco de llovizna no le aguaría el día.

Bajo la lluvia, tanteó los peldaños y descendió con cuidado. Anduvo un par de pasos largos hasta salir del círculo acuoso. Con el pelo empapado, las gotas de lluvia resbalando por sus mejillas y las manos goteando, descubrió cómo, de nuevo, su casa era el único objetivo de esa persistente lluvia. Una lluvia que desde su llegada no dejaba de asistir puntualmente a la cita con su roble. Siempre a las ocho en punto de la tarde.

Komori se dejó caer al suelo. Primero se tendió boca arriba, cerrando los ojos y oliendo la húmeda fragancia de la hierba

empapada. Después, los abrió lentamente, se incorporó y se quedó allí, junto a su diminuto y achicharrado guerbo, observando el fruto de sus esfuerzos. Por fin había conseguido su propio hogar, se sentía arropada en un pueblo que para ella significaba todo un nuevo mundo por descubrir. Tenía grandes preguntas que responder, dudas que le alentaban a pensar que todo aquello tan sólo era el preámbulo de grandes aventuras.

Komori era feliz.

Índigo salió en su búsqueda y se sentó junto a ella y el roedor. Los tres permanecieron en silencio y no volvieron a entrar en casa hasta que sus estómagos empezaron a gruñir tan fuerte que ya no se podían oír los grillos.

LA TIERRA DE ALIDRA

LA NOCHE pasó una vez más, tercer día de una nueva vida. Como de costumbre, la lluvia se desvaneció con las horas. El primer rayo de luz de la mañana despertó a la aprendiz de bruja y todo volvió a empezar. Increíble, pero por vez primera en esos tres intensos días, Komori necesitaba ir al baño.

—¿Baño? ¡¿DÓNDE ESTÁ EL BAÑO?! —gritó sin darse cuenta de que hablaba sola.

La bruja buscó desesperada el baño por toda la casa. Recorrió desde su habitación hasta el sótano, abriendo puertas, armarios e incluso cajones. ¿Podría estar el baño en un cajón? ¡Quién sabe, en casa de una bruja quizá sí!

¡No podía creerlo! ¡Una casa sin baño! Sin más remedio, Komori salió al jardín. Con prudencia, vigiló que no hubiera nadie hasta donde su vista alcanzaba, y en la parte trasera de su roble, tras unos barriles de madera..., lo hizo. El alivio fue completo y no dejó resto ni recuerdo alguno, era una bruja y si algo sabía hacer era no dejar residuos innecesarios.

Tras la larga indisposición, Komori pensó que las emociones acabarían trastornándole algo más que la cabeza. Con el rostro soñoliento y aún en camisón, realizó un rítmico golpe de brazo y muñeca restaurando el buzón sin siquiera dedicarle una

mirada. Con los ojos nuevamente pegados por las legañas, Benzo se asustó. No sabía exactamente qué es lo que ocurría a su alrededor, pero la magia lo envolvió. Instantes después, su hogar achicharrado volvía a lucir como nuevo.

Rápidamente, Komori se dispuso a esbozar el baño olvidado. Con su habitual taza de leche con miel en la mano, por fin dio con la solución. Índigo ronroneó a su lado mientras la compadecía con la mirada.

Como el baño no cabía en ninguna habitación de la casa y no era muy agradable tener que salir fuera cada vez que necesitara ir al aseo, la bruja ideó un sistema de «baño-móvil». Algo así como un baño-ascensor que le permitía hacer sus necesidades sin tener que desplazarse de un piso a otro y, obviamente, sin verse obligada a situar uno en cada piso.

Básicamente, el invento consistía en una pequeña habitación con lavabo, ducha y retrete móvil. Si lo necesitaba, sólo debía apretar el botón de «urgencia» en uno de los tres pisos de la casa y el baño-móvil acudiría de forma obediente. Su aspecto no sería más llamativo que el de una caja de madera rodeada por cientos de raíces, con una pequeña ventanita circular y un raíl con varias cuerdas por el que subiría con comodidad. En posición de reposo, cuando no fuera necesario, permanecería en el subsuelo, enterrado y camuflado aunque aislado higiénicamente de todo.

La bruja, ni corta ni perezosa, se hizo una cola alta para que el pelo no le molestase lo más mínimo e intentó arremangarse las irremangables mangas que no tenía su vestido morado. Decidida, con un dedo cargado de magia, un martillo y algunas maderas que había encontrado en la parte trasera del roble, se dispuso a construir su anhelado baño.

Cinco minutos fue lo que tardó en pedir ayuda. Se había martilleado el pulgar tres veces, había colocado las paredes al revés

y para colmo la ventana se había quedado en un triste agujero. Obviamente nadie la pudo ayudar, pero en su biblioteca particular encontró algunos libros sobre bricolaje, y aunque el resultado no era una obra maestra de la ingeniería de lavabos, por lo menos serviría para lo que fue diseñado.

Pasó varias horas probando el invento. Le pareció reconfortante la idea de reemplazar el papel higiénico por una suave hoja de parra esperando justo al lado del retrete. Una hoja que salía de la punta de una pequeña ramita y que justo después de arrancarla crecía de nuevo, ¡al instante! Pensó en lo difícil que había sido conectar los grifos del baño a las cañerías subterráneas, ya que su roble se abastecía de agua mediante canales subterráneos de lluvia y un depurador mágico casero. Y por fin se decidió a tomar una larga y relajante ducha.

Entretanto, lejos de disfrutar de los beneficios de un agua clara y cristalina, en el pueblo no se hablaba de otra cosa que de la muchacha de pelo violeta que se había instalado en las afueras.

La gente suponía que si Birton había hablado con ella con tanto interés, no podía ser una chica normal y corriente. Todo el mundo sabía que los amigos de Birton solían ser extraños y problemáticos. ¡Como su amigo el huesudo! Con ése sí que había que tener cuidado, una de sus miradas podía fulminarte en un santiamén.

Los rumores corrieron de boca en boca. Como si las palabras ambulantes, dueñas del viento que las transportaba, pudiesen decidir ir de un lado a otro a propia voluntad. Poco después, a los ojos de los habitantes de Alidra, Komori era ya casi un monstruo legendario reencarnado en la piel de una, aparentemente, dulce muchacha. O en el mejor de los casos, alguien que sin duda alguna les traería problemas. Pero ella vivía ajena a todo rumor o

habladuría, y después de una revitalizante ducha le apeteció dar un paseo por el pueblo. Recorrer sus calles explorando lo que después de tres días aún no conocía. Intercambiar impresiones con los habitantes del lugar.

Llegó veloz sobre el guerbo y tras caminar unos minutos por tres o cuatro calles de arquitectura exageradamente imaginativa, babeó ante el escaparate de una acogedora panadería tradicional.

Komori entró decidida a comprar uno de los deliciosos panecillos de menta que anunciaba el escaparate como especialidad de la casa. Al entrar, la puerta de madera y cristal hizo sonar la melodía de un colgante metalizado que caía del techo. En tan sólo unos segundos, la gente la reconoció rápidamente y los murmullos empezaron a surcar los aires como mosquitos planeando ruidosamente sobre sus orejas.

—¡Buenos días! —saludó Komori, a quien el hecho de tener el estómago vacío no eximía de su buena educación—. ¿Podría servirme uno de esos bollos de menta, por favor?

Al mismo tiempo, la panadera escuchó el comentario de una de las clientas de la tienda.

—No te dejes engañar, Amelia... parece educada, pero hay algo raro en ella.

La panadera le sirvió el bollo mentolado sin siquiera musitar una palabra. Lo envolvió en una especie de papel blanco finísimo y no le devolvió el saludo, cosa que Komori aceptó como una rareza más de los habitantes de Alidra.

—Muchas gracias —respondió, esta vez esperando ser correspondida.

—Son... treinta con doce.

La antipatía y la extraña sensación de recelo de la panadera se mezclaban para estallarle en la cara con cada una de sus escuetas palabras.

Komori acercó su mano al bolsillo en el que descansaba el guerro, proporcionándole un agradable cosquilleo en la barriga que le hizo reír inevitablemente. Benzo le ayudó a sacar el importe exacto. Cuando se disponía a salir, la niña se giró y, atemorizando sorprendentemente a la clientela, dijo:

—Disculpen, ¿qué lugares suele visitar un turista en Alidra?

Era una inocente pregunta, pero las señoras de la panadería la tomaron como si estuviera cargada de pólvora.

—¿A... li... dra? —dijeron pensativas, sin saber qué responder con exactitud.

—Sí —respondió Komori algo extrañada.

—Jovencita, esto no es Alidra. Hasta donde yo sé, nuestro pueblo siempre se ha llamado Siloria —se dignó a contestar la desagradable amiga de la panadera, regalándole una de sus cínicas sonrisas.

—¿¿Qué?! —exclamó la niña como si no pudiera creer lo que oía.

—Pero, si quieres, siempre puedes ir a visitar el Árbol Comercial, las afueras... —respondió la panadera intentando remendar la conversación.

—...O el Bosque Perdido... y perderte en él —murmuró la amiga con malicia.

El suave sabor mentolado de aquel panecillo esponjoso ayudó a la bruja a asumir con resignación la inesperada noticia. Aquello echaba sus planes por tierra.

Caminó desanimada por las calles de Siloria, pensando dónde podía estar el error de cálculo que la condujo hasta ese pueblo y no hacia la legendaria «Tierra de Alidra». El lugar donde esperaba pasar su largo aprendizaje.

Poco después coincidió con Sebasthian y sus dos inseparables amigos. En un primer momento dudó de si ese era realmente

un encuentro casual o si había sido provocado por el extraño ser de cabeza calabacinosa. En el fondo ella deseaba que así fuese... un encuentro deseado. Provocado.

—¡Komori! Precisamente Sebasthian estaba hablando de ti —gritó Zigo avergonzando a su amigo.

—¿Ah, sí? Vaya... qué casualidad —contestó algo aturdida.

—Sííí... ¡claro! Me preguntaba... bueno, nos preguntábamos si... bueno, supongo que aún no conoces esto y... quizá podríamos enseñarte un poco el pueblo.

—Gracias, pero...

—Nos encantaría —dijo Sebasthian tímidamente, temblándole la voz.

—La verdad es que aún no he podido ver más que cuatro calles y una panadería. Y desde luego, no ha sido la experiencia más agradable de mi vida.

Las palabras de Sebasthian quebrantaron la invisible barrera que Komori había instalado en su cerebro tras el incidente en la panadería:

—Con nosotros, el pueblo está a tus pies.

La bruja y sus inesperados anfitriones recorrieron gran parte del pueblo. Komori descubrió la belleza de una tierra que, aunque no fuese la Alidra de sus sueños, por lo menos sí parecía digna de haber sido creada a golpe de magia.

Siloria era un pueblo singular. Su variada arquitectura mezclaba las casas y edificios tradicionales de corte medieval con un peculiar estilo arquitectónico basado en una curiosa forma de aprovechar el entorno. Todo lo que por allí anduviese era susceptible de ser convertido en casa.

El centro del pueblo servía a un entorno urbano sencillo y acogedor. Sus casas eran blancas y amarillas, se aguantaban sobre travesaños de madera oscura y sus tejados de pizarra a menudo

tocaban el suelo. Las calles se encontraban adoquinadas con coloristas mosaicos, las farolas y letreros de metal habían sido forjados cuidadosamente. Allá donde se mirara, se hallaban siempre tiendas y pequeñas zonas verdes que descansaban la vista del pálido tono ocre dominante. Todo aquello convertía el paseo en una experiencia inolvidable para los sentidos. Un mundo completamente nuevo.

Algunas de las casas menos céntricas habían sido construidas a la vieja usanza, con piedra y madera. Las ramas secas decoraban los tejados y los pequeños jardines empezaban a hacer acto de presencia. Destacables también eran las casas del extrarradio, las viviendas que se encontraban en pequeños barrios de las afueras.

Si el centro del pueblo se servía de una estructura de piedra y cemento más o menos común al resto de ciudades modernas, las afueras hacían uso de todo tipo de elementos orgánicos e incluso vivos como uso propio de la decoración. Komori descubrió fascinada cómo con una sandía, una berenjena o una calabaza gigante y hueca se podía construir un hogar de lo más original.

La espectacular imaginación de la que hacían gala los habitantes de aquel lugar pondría en evidencia al más genial de los arquitectos. En algunos casos dotaban a sus viviendas con formas cotidianas reconocibles. Como la tetera adornada con mil y un bajorrelieves de Julius Broug, un antiguo comerciante de nariz afilada y ojos estirados que vino de Oriente un día de mercantes, como tantos otros, para ofrecer sus infusiones y tisanas y se dejó seducir por el asombroso encanto de Siloria. O el barco de madera amarrado al muelle de un pequeño lago particular de Haund Tesapround, un viejo pirata y ahora rudo pescador que prefería recordar sus aventuras pasadas de bucaneros y corsarios, viviendo, en un personal tributo a lo que fue su juventud..., ¡en un galeón terrestre!

Pero sin lugar a dudas, lo que hacía original al pueblo era su iluminación. ¿A quién se le ocurriría cobijar y alimentar a diario a millones de luciérnagas para abastecer el alumbrado público? ¡Disponiendo de velas o algas fosforescentes como en tantas otras ciudades de hoy en día!

Fue a un antiguo alcalde de Siloria a quien se le ocurrió firmar una tregua para acabar con la plaga de luciérnagas que afectaba al pueblo desde hacía años. Ambas partes decidieron llegar a un acuerdo simbiótico. El pueblo les daría cobijo, alimento y protección y, a cambio, ellas iluminarían cada noche las calles y casas de sus vecinos. Hay que decir que se trataba de luciérnagas un tanto especiales, que brillaban mucho más que una luciérnaga común y podían vivir más de un día, incluso meses. El mutuo acuerdo al que llegaron aún seguía vigente hoy en día y ambas especies convivían en perfecta armonía.

Los tres amigos dejaron para el final el plato fuerte, el alarde arquitectónico del que todo Siloria estaba orgulloso: el Árbol Comercial. O mejor dicho... el «Granado» Comercial, pues era un árbol frutal que daba granadas. Esa fruta redonda y roja con una pequeña barbilla en los bajos.

Sobre Komori se extendía un asombroso complejo comercial construido en vertical. Se levantaba utilizando todos y cada uno de los huecos que podían proporcionar el interior de los cientos de granadas que crecían en el árbol. Sus frutos nacían predestinados a servir como habitáculos de las tiendas y espacios de ocio.

El Árbol Comercial era podado a diario en forma de cascada, siguiendo la línea de la pared arenosa en la que se apoyaban sus ramas caídas. Y por todos era sabido que, cuando en primavera su único fruto nuevo nacía, alguien ya pensaba en abrir un nuevo comercio. En su interior, se podían encontrar todo tipo de tiendas y lugares de ocio.

A la bruja le llamó la atención una coqueta tienda de ingredientes exóticos, algo que sin duda necesitaría para sus prácticas mágicas en el laboratorio. La tienda era una de las más antiguas y sus paredes parecían estar más secas y agrietadas que las demás. A pesar de ello, conservaba su característico tono rojizo y en su interior se respiraba el olor inconfundible que sólo podía proporcionar el aroma mestizo de miles de hierbas importadas.

El recorrido llevó a Komori hasta la biblioteca del pueblo, donde decidió despedirse de Sebastian y compañía agradeciendo de corazón su hospitalidad.

La bruja se encontraba ante un edificio grandioso. Bueno, en realidad era un caparazón de caracol vacío y adecuado para servir como biblioteca. Al abrir la puerta se encontró con un único y larguísimo pasillo en espiral, revestido a ambos lados por interminables estanterías llenas de libros. Los finos rayos de luz que entraban por los diminutos orificios del techo daban un aire místico al edificio. Komori dio algunos pasos acariciando el lomo de los libros de la sección de literatura clásica, hasta que sus dedos se encontraron con los de un hombre subido a una escalera de raíles.

—¿Eres nueva? ¿Qué buscas?

—Libros —dijo Komori sin pensar demasiado lo que decía.

—Eso es obvio... no creo que quieras un kilo de pescado.

Komori se sonrojó y observó durante algunos instantes la biblioteca y a su bibliotecario. Éste era un hombre joven, de naturaleza delgada, casi famélica, aunque con una perfilada musculatura. De orejas ligeramente puntiagudas, pelo castaño alborotado y patillas poco pobladas en las mejillas, sonrisa picuda y lentes doradas en forma oval. Vestía una ajustada camisa blanca arremangada hasta los codos y unos pantalones marrones cogidos por dos estéticos tirantes que no dudaba en estirar

cuando no sabía con qué entretener sus manos expertas de titiritero. Llamaba la atención su larga y esbelta pipa de madera tallada, de la que no salía humo sino burbujas de jabón de caramelo.

—No... claro. Busco... busco a Birton.

—¿Eres amiga de Birton Aok Lem Veratnem Salzemrat? —preguntó con una amable sonrisa en el rostro—. No está aquí. Me refiero a que tendrás que buscarle en su despacho, en el edificio de al lado. Pertenece a la biblioteca... pero no cabía en el pasillo.

—Gracias —musitó la bruja.

—A ti... ¡Poca gente me visita hoy en día!

Komori estaba a punto de salir por la puerta cuando el hombre exclamó: «¡Y vuelve cuando quieras!». La bruja sonrió.

Los escasos veinte metros que separaban el caparazón de caracol de la casa-despacho del erizo, dieron lugar a una curiosa anécdota. Un ruidoso bostezo asustó a Komori obligándola a girarse con cierto desasosiego. Junto a la biblioteca se encontraba una casita de madera con un nombre grabado en su frontal: «Fugo». En su interior se perfilaba la sombra de un enorme caracol liberado de su pesado caparazón. Al parecer, el bibliotecario tenía una mascota a la que cuidar. Un animal que anteriormente había vivido en el interior de la biblioteca y ahora la protegía a cambio de un buen plato de lechuga diario.

La casa de Birton se alzaba como un catalejo telescópico situado bocabajo. Komori llamó a la puerta y el erizo abrió agradeciendo su visita.

—¡Ko... Komori! Va-vaya, no cre... creí que vi-vinieras a ve-verme ta... tan pronto. Pasa, or-ordenaré un po... poco esto.

Komori entró sorprendiéndose nuevamente de todo cuanto le rodeaba. Desde esa misma tarde, visitar las casas de Siloria se había convertido en su pasatiempo favorito.

Al dejar atrás la alfombra de la entrada, descubrió que el suelo era suave y resbaladizo como cristal, y cuando se dispuso a observarlo detenidamente, un horrible insecto del tamaño de su cabeza la hizo gritar de forma histérica. Birton se prestó a ayudarla con rapidez, hasta que se dio cuenta de lo divertido y patético de la escena en sí: ¡no había sido un bicho gigante lo que la había asustado!, sino un efecto óptico producido por el «especial» suelo que proporcionaba la lente de un catalejo invertido. Si mirabas bajo tus pies, la arena y todo lo que merodease por allí se deformaba agrandándose sin remedio. En más de una ocasión, el mismo Birton se había dado algún que otro susto.

La estructura era circular, por lo tanto su forma interior también. La casa del leyendador no necesitaba compartimentos, ya que los tres pisos eran suficientes para una sola persona. En el primero se encontraba el recibidor, una mesa redonda con sillas y una pequeña cocina llena de armarios igual de pequeños. Al subir la escalera de caracol llegabas al segundo piso. Allí se encontraba el dormitorio, poca cosa que contar: una cama, un par de ventanas con forma de ojo de buey, un perchero y una montaña de libros a modo de improvisada mesita de noche. Si subías un poco más, la habitación más pequeña, la de arriba, era su despacho. El tejado también era una lente, aunque esta sí tenía cierta utilidad en los meses más fríos, pues multiplicaba el efecto del sol y calentaba la casa rápidamente. En verano, Birton cubría el techo con un toldo para no morir achicharrado. No le gustaba la idea de convertirse en pinchitos de erizo tostado.

Birton vaciló al preguntar el motivo de la visita. El erizo sentía algo extraño en la niña, la notaba triste. Fascinada pero con una sombra de decepción.

—¿Qué... qué te... te ha... tra-traído ha-hasta aquí? —quiso saber el erizo.

—¡Oh!, nada. He venido andando —afirmó la bruja.

—Me re... refiero, a «e-el po-porqué».

—¡Ah!, claro... necesitaba preguntarte algo. Tú eres historiador, ¿no?

Birton se sentó tras una mesa abarrotada de papeles y, mientras ponía algunos libros en orden, Komori empezó a contarle lo ocurrido.

—En... ti... ti... tiendo... —murmuró atareado.

Komori jugaba a dar vueltas a una bola del mundo inacabada. Era extraño, en algunas zonas no había dibujo alguno. Mientras la bola giraba y giraba, Komori, por fin, le planteó su duda:

—Cuando yo vine aquí... creí que era Alidra. Siloria no me sirve, no es la tierra legendaria donde los magos y sabios se reunían antiguamente.

—¿Vi... viniste en bu-busca de Ali... Alidra?

—Creí que ESTO era Alidra... —aclaró la bruja.

—¿Y có... cómo sa-sabes que no es lo que bus-buscabas?

—Me lo dijeron aquellas mujeres... las de la panadería.

El viento levantó algunas de las hojas del escritorio, la ventana tenía una pequeña rendija abierta.

—Un nombre no di-dice na... nada, es su... su... si-significado el que lo... lo dice.

—Ya lo pensé. En el idioma primogénito, *Siloria* significa «valle de agua». No tiene nada en común con *Alidra*: «tierra especial» —apuntó ágilmente Komori. Luego, frenó la rotación de la esfera con un golpecito y añadió con un tono de voz algo más débil e inseguro:

—Lo que no entiendo es por qué pude plantar mi casa si este lugar no es Alidra. Además... Yeya me esperaba y tú... tú me encontraste —dijo con voz difusa y algo confundida—. No entiendo nada.

Birton se acercó a Komori con un libro viejo entre las manos. Lo puso a la altura de sus labios de erizo y sopló el polvo que sobre éste descansaba... sin reparar en que la cara de la aprendiz de bruja estaba justo delante. El rostro de Komori se llenó de polvo, y la niña reaccionó con un escandaloso estornudo.

—Lo... lo siento —intentó disculparse el erizo.

—No pasa nada —dijo Komori frotándose los ojos escocidos.

—En Alidra em-empezó la ba-batalla... y al a-acabar, fue a-allí do-donde se celebró. No im... impo-portaba quién ha... había vencido..., sabían que to-todos ha-habían perdido, pero la ge-gente ne-necesitaba relajarse. Habían pa... pasado años tri-tristes gobernados por la gue-guerra y la des-destrucción. Ese día llo-llovió tanto en la ci-cima de Kira que una cas-cascada na-nació en Alidra, reba-bautizándola involunta... involuntariamente co-cómo el «valle de-del agua»: *Siloria*. Un cambio necesario para olvidar tan doloroso pasado. Estás en Alidra... créeme, aquí ocurren cosas que ja-jamás pa-pasarían en otros lu... lugares. Es algo que se si-siente, que está constan... constantemente en el a-aire que res-respiramos... Flotando a di-diario, impregnándonos la piel.

Por vez primera el viento silbó al colarse por la ventana.

—¿De verdad? —exclamó la bruja sorprendida.

—¡Cla-claro!...

—¡Gracias, Birton!

Komori le dio un beso en la mejilla a modo de apresurada despedida y salió corriendo de la casa del erizo. Desde el primer piso, gritó:

—¡Volveré a verte!

A lo que Birton tan sólo pudo murmurar: «Eso te-tenlo por seguro, chiquilla».